



EL MAGNIFICAT Y LA INVERSION DE LAS SITUACIONES (Lc 1 51-53)

Edouard Hamel

Unos han querido dar a los vv. 51-53 una interpretación puramente espiritualista e inofensiva desde el punto de vista social. Citemos a San Cirilo de Alejandría, quien creía que los "orgullosos dispersados y los poderosos derrocados" eran los ángeles caídos, los sabios de Grecia que habían rechazado el evangelio como una locura, los judíos incrédulos, etc. Otros, como San Alberto Magno, le han dado una interpretación llena de incidencias socio-políticas que conservan toda su actualidad hoy día: Los poderosos que Dios derroca son los que, gloriándose de su poder, lo utilizan sólo para oprimir a los pobres; el poder digno de tal nombre es sólo el que se ejerce dentro de los límites de la justicia y la equidad. A los que ejercen el poder según la voluntad, no según la razón, Dios les derroca de sus tronos. Maurras, en su **Le Chemin de Paradis** da una interpretación socio-política que le escandaliza: Critón se rebela al saber que un Cristo hebreo vendrá al mundo, rescatará al esclavo y, derrocando al fuerte del trono, colocará a los primeros más abajo que los últimos. Maurras, para quien el progreso

Condensado del original: "Le Magnificat et le Renversement des Situations",
GREGORIANUM, 60 (1979).

es necesariamente aristocrático, agradece a la Iglesia que haya sabido acompañar el Magnificat de una música que atenúa el veneno, y que lo haya recitado en latín. En el otro extremo, militantes sudamericanos se alegran de que el Magnificat celebre la caída de los dictadores y de los grandes poseedores de riquezas y proclame el nuevo poder de los "sin poder" que triunfa de la violencia de los poderosos. Citemos una sola de sus adaptaciones de estos versículos: "Hoy nosotros diríamos: Todos los señores serán expropiados y nosotros nos reiremos... La Ley de un pueblo sobre otro será abolida, los objetos se convertirán en sujetos, consiguiendo sus justos derechos".

En medio de este mosaico de interpretaciones hay que buscar aquella que tenga más probabilidades de responder al sentido que Lucas quería dar a estos versículos.

LA INVERSION DE LAS SITUACIONES

La inversión de las situaciones en la literatura clásica

Los versículos 51-53 anuncian un cambio en las relaciones de poder: los pobres, los humildes, los pequeños son socorridos en detrimento de los ricos, de los fuertes y de los orgullosos. Esto es una constante de la historia humana: reyes, emperadores, presidentes han sido brutalmente precipitados al abismo, sea por su propia falta, sea por las circunstancias. Los que se abandonan al poder y al dinero ven pronto resquebrajarse el suelo sobre el cual se creían tan firmemente asentados.

El tema de la inversión de las situaciones se encuentra ampliamente en las grandes obras de la literatura griega. Aristóteles en la **Poética** habla de "la mudanza de la acción en su contrario", es decir, del paso súbito de un estado al estado contrario, de una felicidad repentina, a una desgracia imprevista. Este es, para los autores clásicos, el modo de obrar de la divinidad; unos sacan de ello una regla de prudencia, otros un grito de guerra, otros, en fin, reprochan a la divinidad tales cambios tan crueles. Hesiodo comienza su poema **Los trabajos y los días** con un himno a Zeus, que sirve de advertencia a los nobles y poderosos: "Fácilmente él da la fuerza, y fácilmente él abate a los fuertes, fácilmente doblega a los soberbios y exalta a los humildes..." Esopo en su fábula **Los dos gallos y el águila** dice hablando de la divinidad "eleva al que es humilde y abaja al que está elevado". Para Eurípi-

des este modo de actuar causa pesimismo: "Sí, las cosas más grandes, a menudo la divinidad las abaja, y después las eleva"; es la incertidumbre sobre los criterios de acción de los dioses y la inestabilidad desconcertante de los destinos humanos. Para otros, estos cambios imprevisibles provocan el caos, y se lo reprochan a la divinidad.

La inversión de las situaciones en el Antiguo Testamento

Para la tradición bíblica la inversión de situaciones es considerada como una constante providencial que se atribuye a la omnipotencia de Yahvé. Que el orgulloso sea dispersado y el opresor derribado, forma parte de la lógica de las cosas, pero esta lógica está últimamente, fundada en la sabiduría de Dios. Cuando la Escritura nos dice que Dios derroca a los poderosos, nos quiere recordar que las acciones de Dios son más importantes para determinar el curso de la historia que las fuerzas que parecen controlarla desde la superficie.

La acción salvífica de Dios invierte las situaciones establecidas por el orgullo, el poder y la riqueza, tres grandezas humanas, tres autosuficiencias cerradas sobre ellas mismas y en conflicto con Dios. Pero Dios todopoderoso tiene toda iniciativa y conduce la historia de los hombres: "Yahvé enriquece y despoja, abate y ensalza" (1 S2, 7); "Derriba los poderes establecidos" (Jb 12, 9). En la misma línea, entre otros textos, citemos: Jb 22, 29; Ez 21, 31, Si 10, 14 y 11, 4-6. A causa del carácter tan efímero de las situaciones de poder, el Eclesiástico da a los potentados de este mundo el siguiente consejo de sabiduría, que anticipa las palabras de Cristo: "Cuanto más grande seas, más debes humillarte, y ante el Señor hallarás gracia: Pues grande es el poderío del Señor y por los humildes es glorificado" (Si 3, 18-23).

a) **Yahvé ante los orgullosos y los ricos.** Utilizando el vocabulario del Día de Yahvé, Isaías anuncia una acción fulgurante de Dios que volcará el orgullo del hombre que se eleva contra Dios y contra el prójimo: "Los ojos altivos del hombre serán abajados, se humillará la altanería humana y será exaltado Yahvé sólo en aquel día. Sí, será el día de Yahvé Sebaot contra todo orgullo y arrogancia, contra toda altivez que será abatida..." (Is 2, 11-17). Es el triunfo de Yahvé obtenido gracias a la destrucción de todo lo que aliena al hombre, en particular el orgullo, y gracias al reconocimiento de la majestad divina

por parte del hombre humillado. Es también una idea frecuente en el A.T. que las fortunas mal adquiridas le serán arrebatadas a su propietario; este empobrecimiento será su castigo: "Tu haber y todos tus tesoros al pillaje voy a dar, en pago por todos tus pecados" (Jr 17, 3) "Por haber saqueado a naciones numerosas, te saqueará a ti todo el resto de los pueblos" (Ha 2, 8).

b) **Yahvé ante los humildes y los pobres.** Ana, en su cántico celebra la exaltación de los humildes: "Levanta del polvo al humilde, alza del muladar al indigente, para hacerle sentar junto a los nobles y darle en heredad trono de gloria" (1 S 2,8). De manera similar habla el Eclesiástico: "Hay quien es débil, necesitado de apoyo... mas los ojos del Señor le miran para bien, él le recobra de su humillación" (1, 12).

c) **El enigma de la prosperidad de los impíos.** A pesar del socorro prometido, los oprimidos continúan como tales, y los opresores también: "Yo quisiera debatir contigo -dice Jeremías al Señor- un punto de justicia, ¿por qué tienen suerte los malos y son felices todos los felones?" (12, 1). También el salmista (Sal 73) reflexiona sobre el rico aparentemente impune y se escandaliza por la fuerza de su triunfo. Pero Dios le hace comprender de repente, que su triunfo es sólo aparente. Y le hace descubrir una prosperidad de un orden superior que es herencia exclusiva del justo. Saberse por la fe cerca del Señor, conocido y amado por El, esto basta para reconfortar, esperando la hora de la justicia divina. La riqueza y la prosperidad dan una felicidad pasajera e ilusoria que es incomparable con el gozo del pobre que vive con Dios. Israel es invitado a rebasar la idea de una retribución temporal.

d) **El Mesías, protector de los pobres** (Is 61). Israel llega a la conclusión de que la justicia de Dios no se realizará plenamente por el momento, a causa, sobretudo, de la mezquindad de los hombres. La soberanía de Dios se manifestará un día, cuando vendrá el Mesías, detentador de la justicia, que se presentará como Salvador de los pobres: "Yahvé...me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres...a pregonar año de gracia de Yahvé". Este Rey ejercerá su esfuerzo de justicia en favor de los más desheredados. Triunfará por medios pacíficos y hará ante todo obra de beneficencia, de compasión y de amor. Su reino será un reino de justicia y de paz. Pero hay más todavía. Puesto que Israel no escucha la voz de los

profetas ni cumple la Ley, la situación parece humanamente sin remedio. Entonces Jeremías y Ezequiel predicen una nueva intervención de Yahvé, anuncian una nueva intervención de Yahvé, anuncian un cambio profundo del corazón que se convertirá en maleable de manera que Dios pueda, finalmente, inscribirle su Ley: una ley nueva y un corazón de carne. El opresor dejará por ello de oprimir, el orgulloso se hará humilde y el rico compartirá sus bienes con el pobre. La justicia vivirá en el hombre a fin de que el hombre pueda vivir en la justicia.

La inversión de las situaciones en el Nuevo Testamento

El tema de la inversión de las situaciones se encuentra en varias parábolas de Jesús: el fariseo y el publicano (Lc. 18, 9-14), el samaritano ante el sacerdote y el levita (Lc 10, 29-37); el hijo pródigo ante su hermano mayor (Lc 15, 11-32); la inversión de las situaciones después de la muerte es ilustrada por la parábola de Lázaro (Lc 16, 19-31). El evangelio también muestra inversiones actuales de situación. La actitud antifeminista de los apóstoles en Lc 24, 10-11, que tienen por necesidad el anuncio de las mujeres, engendra una inversión de valor: Dios humilla a los que disputaban por saber quién era el mayor (Lc 22, 24), pero que ahora son los últimos en creer, y exalta a estas mujeres despreciadas que han creído las primeras. Del mismo modo los paganos llamados ulteriormente han pasado delante de los judíos llamados en primer lugar (Lc 13, 30).

Jesús cita tres veces el dicho popular ya presente en el pensamiento heleno y judío (Ez 21, 31) "todo el que se ensalce será humillado; y el que se humille, será ensalzado" (Lc 14, 11; 18, 14; Mt 23, 12). La forma pasiva de la expresión en labios de Jesús indica de manera velada que es por la fuerza de Dios.

La inversión divina de las situaciones ha encontrado en María una anticipación y en Cristo exaltado a la gloria su verdadero cumplimiento: la transparencia paradójica del poder de Dios en la debilidad de la Cruz: "El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo...y se humilló... Por lo cual Dios le exaltó, y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre..." (Fil 2, 6-11).

¿Por qué Dios invierte así las situaciones? Pablo da a este

modo habitual de actuar de Dios la consistencia de ley, que justifica en estos términos... "Lo que es locura para el mundo Dios lo ha escogido para confundir a los sabios...para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios...El que se gloríe, gloríese en el Señor" (1Co 1, 26-31).

¿Cómo interviene Dios en favor de los pobres? Pablo dice tres veces que El los ha escogido; los ha enriquecido de todos los dones espirituales para hacerlos los instrumentos aptos para realizar sus planes de salvación; los promueve también a una posición superior a la que les correspondería normalmente. Esta gratuidad en la elección les quita todo motivo de orgullo. ¿Cómo actúa Dios ante los fuertes? Las expresiones duras de Pablo "aniquilar", "reducir a nada", no hay que tomarlas al pie de la letra. Dios no aniquila al hombre sino sólo a su orgullo. Demuestra al orgulloso su ineficacia ante él. Esto es una prueba de misericordia para curar el orgullo.

La carta de Santiago habla en términos parecidos, salvo que en él la antítesis elevación-abajamiento es vista en una perspectiva escatológica. Deplora que las discriminaciones sociales se mantengan en el seno de las comunidades cristianas. Incluso en la asamblea litúrgica los ricos y los notables encuentran más consideración, debido a su fortuna y cultura, mientras que los pobres son menos considerados. Santiago habla de una elección divina de los pobres que opera ya una inversión de la pobreza en riqueza de fe, mientras que los ricos sólo acumulan un tesoro amenazado (2, 2.5-6; 5, 1). El evangelio se dirige primeramente a los pobres, para quienes la pobreza es riqueza, ante Dios. Liberados de toda atadura terrestre, Dios se da a ellos y les asegura la herencia del Reino. Su verdadera dignidad exige que se les dé un tratamiento diferente del que les da habitualmente el mundo. Los ricos, por su parte, no merecen ninguna preferencia, puesto que oprimen y explotan a los pobres. ¿Hay pues laguna posibilidad de salvación para el rico? Mientras que el cap 5, no deja lugar al arrepentimiento, el cap 1 deja lugar a la salvación del rico. La sabiduría cristiana permite a los cristianos operar una verdadera inversión en sus escalas de valores y en su apreciación de las condiciones sociales: "El hermano de condición humilde, gloríese de su exaltación; y el rico en su humillación, porque pasará como flor de hierba..." (1, 9-10). Invita a los ricos impíos y pecadores a humillarse ante el Señor: "La Escritura dice: Dios resiste

a los soberbios y da su gracia a los humildes...lamentad vuestra miseria, entristeceos y llorad...**Humillaos ante el Señor y El os ensalzará**".

Pedro invita, igualmente, a los cristianos a humillarse bajo la mano poderosa de Dios para ser así elevados: "Revestíos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Humillaos pues bajo la poderosa mano de Dios, para que llegada la ocasión os ensalce" (1 P 5,5). El tema de la humildad que engendra concordia es colocado aquí en un contexto religioso.

No nos hallamos, pues, ante un Dios parcial que hace acepción de personas. Ama a todos los hombres, por esto se levanta contra aquellos que por la violencia, la riqueza o el egoísmo, destruyen la vida de los otros. Si El derroca a los poderosos de su trono, si dispersa a los orgullosos, es para que descubran su propia humildad.

La inversión de situaciones en el Magnificat

El Magnificat está construido alrededor de una serie de verbos de acción. Se trata de saber si se refieren a acción pasada, presente o futura.

Algunos comentaristas, como J. Dupont, creen que Lucas quiere subrayar la manera habitual de actuar de Dios. A partir del "caso" María, se opera una generalización. Ya hemos visto cómo en el A.T. la inversión de las situaciones es una constante del hacer divino. El Magnificat se insiere en esta tradición. María canta la grandeza de Dios que actúa continuamente de manera sorprendente, tan diferente de lo que los hombres esperarían. Dios no tiene la misma escala de valores que el hombre. Dios se gira hacia los pequeños, y muestra al mismo tiempo a los poderosos los límites de su poder.

Otros creen que estos verbos se refieren a una acción pasada. Lucas pone en labios de María un himno que habría nacido en el círculo de los **anawim** judeo-cristianos de la comunidad primitiva. Estos verbos de acción se referirían a una acción apenas pasada, la salvación obtenida gracias a la muerte-resurrección de Jesús, suprema manifestación del poder del "brazo" de Dios en favor "de los que le temen". Desde este momento Dios ha elevado a los humildes, dispersado a los orgullosos y derrocado a los poderosos, "los reyes de la tierra y los magis-

trados que se han aliado contra el Señor y contra su Ungido" (Act 4, 26). Puesto que Lucas interpreta la concepción y nacimiento de Jesús a la luz de la cristología y soteriología de la Iglesia primitiva, puede, sin anacronismo, retrotraer esta alabanza de los **anawim** de la comunidad primitiva e insertarla en el evangelio de la infancia, para cantar la concepción y el nacimiento del Salvador. Por su lado Grelot piensa que "el arcaísmo de las expresiones concordaría bien con una composición debida a María misma, en el cuadro de la Iglesia naciente, donde Lucas la muestra asidua en la oración con los Doce; meditando, entonces, en su corazón los acontecimientos vividos por ella, puede medir el alcance de las promesas de Dios cuando éstas habían ya sido cumplidas en plenitud".

El Magnificat es un salmo cristiano que celebra un acontecimiento histórico bien preciso: el acto de misericordia suprema y definitiva, el nacimiento-muerte-resurrección-exaltación del Mesías Señor. Este acto se sitúa en la línea veterotestamentaria, pero la supera. También el vocabulario se enraíza en el A.T., pero tejido de manera enteramente nueva para formar una tapicería neotestamentaria. Desde ahora Cristo es el único Señor que reina sobre todo y sobre todos. De golpe, las relaciones sociales han sido sacudidas, relativizadas y modificadas profundamente. Ante el Cristo en gloria, no valen las diferencias sociales: todos son iguales. Los poderes humanos han perdido su carácter absoluto. Y en este sentido el Magnificat denuncia la mentira e ilusión de los que se creen los señores de la historia. El mundo y sus riquezas han sido exorcizados por el poder de Cristo resucitado. Cristo proclama y protege los derechos de los débiles y limita los de los fuertes. Los poderosos, los orgullosos han sido derrocados; los ricos, obligados a compartir, se van con las manos vacías. Se trata de una refundición profunda de las relaciones humanas gracias al señorío de Cristo y a la transformación profunda de los corazones (Jr 31, 31-34; Ez. 36, 26-27). De ahora en adelante la autoridad puede hacerse servicio y la riqueza puede ser compartida.

Tomado al pie de la letra, el Magnificat parece contemplar una revolución catastrófica en la que los proletarios alcanzan un gran triunfo ante la clase privilegiada. Esto estaría en la línea del pensamiento griego, de la espera judía y de la óptica de los revolucionarios actuales. Pero hay que notar que en la Nueva Alianza, la inversión de las situaciones efec-

tuada por Dios ha perdido el carácter espectacular de los días del Exodo y las guerras santas. Se trata de fenómenos escondidos que sólo descubren los ojos de la fe. Su culmen es la Encarnación del Hijo y su exaltación a la derecha del Padre, que no tiene nada de sensacional ante la mirada humana. El Mesías poderoso, victorioso y guerrero esperado por los judíos, es recibido por María es un momento en que no cambia nada: la ocupación romana continúa, el pecado triunfa. La salvación se da en el silencio y la oscuridad, entre los pobres y humildes, a aquellos que saben ver.

Bajo la ley del Espíritu ha habido un proceso de interiorización, característico de la nueva era. Y ello mismo ya es también una inversión de situaciones. No se trata de una manera de actuar violenta como es el estilo de los hombres.

María puede alegrarse, sin que en ella haya nada de resentimiento, de que Dios disperse a los orgullosos, derroque a los poderosos y deje a los ricos con las manos vacías. Ya que son actos de poder que, al mismo tiempo, lo son de misericordia. La victoria de Dios es signo de su amor por los poderosos y los ricos a quienes sólo puede amar en la pobreza y humildad, puesto que es desde esta situación desde donde le acogerán como Señor y Salvador.

A los hambrientos ha colmado de bienes (v. 53). ¿De qué hambrientos se trata? Ciertamente de los pobres materiales. Para ellos la Buena Nueva de la salvación significa que los primeros en ser bendecidos no serán los poderosos y los ricos que les tiranizan. Pero, en Lucas, la pobreza a la vez que económica, está ligada a actitudes interiores. El binomio orgullo/humildad apunta no a una situación económico-social, sino a una actitud de corazón. Vinculada a la humildad, la pobreza adquiere un alcance que la disocia del plan económico y la relaciona con los imperativos morales y las actitudes espirituales que no implican por sí mismas la pobreza económica. El pobre es, ciertamente, el desposeído que no sabe cómo salirse de su situación de opresión, pero es al mismo tiempo el que grita su pena y su dolor a Dios protector de los débiles de quien espera recibir la salvación y el socorro. Lucas considera al pobre en **la totalidad de sus relaciones**, no sólo ante el rico y el poderoso, sino también ante Dios.

¿De qué bienes es colmado? Hay una buena nueva para el

presente y otra para el futuro. Las gestas históricas de Cristo (milagros, acogimientos) son ya signos actuales y anticipaciones de la plena victoria sobre el mal y la pobreza. Pero esta buena nueva tiene también una dimensión escatológica: el anuncio de un futuro mejor que no cambia la condición de los pobres que son así invitados a la esperanza en el Dios protector de los pobres. La buena nueva para el pobre es que ya desde ahora Dios está de su lado. Pero en el plano económico ¿qué alivio actual reporta? No trae una saturación de bienes económicos por la que el pobre súbitamente se convertirá en rico, o el oprimido de ayer en opresor de mañana. La dimensión escatológica no dispensa, ciertamente, de la responsabilidad actual ante los pobres y oprimidos, pero relativiza también cualquier buena nueva que excluyera esta dimensión. Normalmente no habrá ningún otro "milagro" económico en favor del pobre, más que el compartir, cosa que según el Evangelio es un grave deber (Mt 25, 46).

Aunque el pobre se encuentre en una situación sin salida humana, la buena nueva que proclama el Magnificat constituye para él una inmensa esperanza. Dios es más poderoso y fiel que los hombres. A pesar de la mezquindad y del egoísmo, individual o colectivo, el pobre es invitado a ponerse en manos de Dios: es invitado a la mesa del Señor (Lc 14, 21). Jesús no ha pensado jamás que la condición social pudiera por sí sola atraer la salvación. Riqueza y pobreza, poder e impotencia ofrecen sus tentaciones y sus medios de salvación. Jesús, sin embargo, se muestra impresionado por los peligros de la riqueza y por las ventajas de la pobreza y de la debilidad.

UNA ACTUALIZACION PARA NUESTRO TIEMPO

Los temas veterotestamentarios que llegan hasta el Magnificat, para los que es esencialmente Dios quien actúa, hay que interpretarlos desde los datos neotestamentarios. Una vez vuelto al Padre, Cristo actúa "con toda la fuerza de su brazo" a través de la obra de los discípulos; "el que crea en Mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún" (Jn 14, 12). Estas obras no pueden ser otras que la caridad fraterna. El Magnificat nos invita a la acción, nos indica su objetivo, y nos hace atentos a los medios.

El poder se torna servicio

Bajo la ley de Cristo se ha operado una inversión. Las antiguas categorías de poder han perdido su significación a favor de la categoría de servicio, de **diakonia**: "Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos..., pero no así vosotros, sino que el mayor sea como el menor...Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22, 25-27). El ejercicio del poder es necesario, aunque sólo fuera para proteger a los pobres y crear una sociedad más justa. Pero el poder de Dios se manifiesta allí donde los que gobiernan toman partido por los pobres, empleando la vía, no de la arrogancia y del poder, sino del servicio. Pablo dirá: "Que los que gobiernen lo hagan como si no gobernarán" (cfr 1 Cor 7,30). En el relato del juicio final, Cristo nos indica la manera de ejercer la autoridad que ha de servir de ejemplo a las autoridades humanas. El Rey-Juez se distingue en que defiende a los pobres y pequeños. Su autoridad está en pedir cuentas a los hombres sobre su relación con los pobres. Choca esta noción de autoridad con la de todas las autoridades políticas de hoy.

La bienaventuranza bíblica del compartir (Hch 20, 35)

La Iglesia ha buscado desde su origen dar signos tangibles de que en el Reino no habrá miseria. "La multitud de los creyentes...no llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común. No había entre ellos ningún necesitado..." (Hch 4, 32-35). La comunidad primitiva ha buscado vivir su esperanza de más justicia para los pobres, que sentía como ligada a su misión. En este momento se realiza el cambio de corazones del oráculo de Ezequiel. Este compartir provoca ya una inversión pacífica y no violenta de las situaciones. Bajo la acción del Espíritu los primeros fieles corrigen los desequilibrios sociales; los opresores comprenden, finalmente, que no deben oprimir más y los ricos, que deben compartir.

Lucas ha visto en los sumarios de vida cristiana (Hch 2, 42-48; 4, 32-35) su ideal de actitud cristiana frente a las posesiones, y por así decirlo su solución al problema de la pobreza. Es para nosotros una invitación el oír que a "los hambrientos ha colmado de bienes" porque nos remite al "tuve hambre y me diste de comer". El Cristo protector de los pobres nos responsabiliza a nosotros. El Antiguo Testamento -dice el

P. Grelot- funda la justicia sobre la atención dada al pobre; donde se pierde el grito del miserable, la comunidad vive en la injusticia. El pobre no es bienaventurado por su pobreza, sino porque ve que se le abre el Reino. Las bienaventuranzas no nos permiten resignarnos a la miseria de los hombres. Cuando Jesús pronuncia las bienaventuranzas, cura al mismo tiempo a los enfermos y multiplica los panes, para mostrar que se empiezan a cumplir. Las bienaventuranzas sólo se anuncian cuando la caridad estalla en el mundo como un signo de la presencia divina.

A quien privilegia a los pobres y pequeños y se encarga del otro, se le promete la bienaventuranza bíblica del compartir, según la palabra de Pablo: "Os he enseñado que... hay mayor felicidad en dar que en recibir" (Hch 20, 35).

No se trata, con todo, de un cambio de roles, de hacer nacer una clase de nuevos ricos, despojando a los ricos, que a su vez se harán opresores. Ni hartar a los pobres de bienes materiales, ni reducir al rico a la mendicidad, sino **compartir**. (cfr 2 Co 8, 13-15). Si Maurras ha hablado del veneno del Magnificat, si ciertos cristianos por el socialismo ven en el Magnificat un canto revolucionario, es que sitúan demasiado bajo el punto de mira de los vv. 51-53, dándoles una interpretación demasiado fundamentalista y no leyéndolos a la luz del misterio de María, desde las enseñanzas y ejemplos de Cristo. El cristiano no puede pretender unir su acción a la de Cristo si recurre a medios que ofenden la justicia. De ninguna manera los unos contra los otros en el odio, ni los unos sin los otros, en el egoísmo; sino los unos con los otros en el amor, en un esfuerzo de mutua solidaridad y responsabilidad.

El mensaje del Magnificat es duro para los creyentes, especialmente en medio de la sociedad de consumo, donde los criterios principales son la eficacia, el poder, la posesión. En medio de ella es difícil no querer ser rico. Introduciendo el Magnificat en el evangelio de la infancia, Lucas inserta ya el escándalo de la cruz en la buena nueva de la salvación. El Magnificat anticipa el Jesús de Lucas que predicará que la riqueza y el poder no son los valores reales, puesto que ante Dios no son nada.

Si Dios está del lado de los pobres, ¿de qué lado estará la Iglesia? En un mundo como el nuestro donde la distancia

entre ricos y pobres, naciones o individuos, parece ensancharse constantemente, donde la presión de los poderosos sobre los pequeños, naciones o individuos, no parece que disminuya sensiblemente, predicar y buscar la obtención de la igualdad entre todos significa, prácticamente, ponerse al lado de los pobres y de los pequeños. Esta preferencia práctica opera ya una inversión de situaciones, ya que ella tiende a restablecer en el seno de la sociedad el equilibrio roto.

CONCLUSION

El Magnificat está orientado hacia Dios, pero hacia un Dios que, a su vez, está orientado hacia los hombres, un Dios que tiene debilidad por los pobres, los desgraciados, los oprimidos. Los vv. 51-53 no son una mera yuxtaposición al resto del Magnificat; ponen una tensión dialéctica fecunda, la que existe entre el amor de Dios y el del prójimo, el vertical y el horizontal, el cristiano y el humano. Hay que rechazar, pues, la interpretación místico-espiritual que edulcora estos versículos, y la interpretación puramente secular que transforma el Magnificat en un canto revolucionario, donde Dios es invocado para bendecir y autorizar la violencia injusta, donde el Poder -aquellos que lo detentan y aquellos que lo pretenden- se erige en juez despiadado, tomando el lugar de Dios. La interpretación más exacta es la teológico-social que daba S. Alberto Magno.

